

CAPITULO XXX.

ROMPIMIENTO

Suntuosa morada era para aquellos tiempos la casa contigua á San Francisco que pertenecía al marques de Moncada, amigo de Calleja, y en la cual se alojó este jefe, una vez que no tenía á su lado al conde de Casa Rull, que era el que antes le regalaba cardenaliciamente. En este palacio estableció sus reales el egregio gefe del Ejército del Centro y en él recibió las calurosas felicitaciones de sus antiguos y nuevos amigos, estableciéndose con tal motivo en este lugar todos los ceremoniales de una corte hecha y derecha. Fuera de la guardia compuesta de las compañías mejor vestidas del batallon de Lobera, había un ejército de lacayos con librea dorada, el edificio se iluminaba todas las noches interior y exteriormente y la calle estaba de ordinario llena de carruages, indicándose con esto que el general español recibia muchas visitas, tanto de ilustres damas como de apuestos caba-

lleros, habiendo dejado la nobleza desierto el palacio del virey para acudir en tropel á disfrutar de las fiestas y tertulias que se menudeaban en la residencia del ilustre Don Félix Calleja.

Estaban, pues, una noche de aquellas enteramente repletos los salones del marqués de Moncada, tanto de canónigos y otras gentes de iglesia, entre las cuales figuraba el mas bullicioso é intrigante, el arcediano Beristain, como de nobles, entre los que se hallaban no solo los parientes del propietario de la finca, sino el marques de Guadalupe, el conde de Montenegro, el baron de Leyja y otros muchos de los que mas brillaban por su riquezas y posicion en la corte, así como las mas elegantes damas, entre las que se encontraba tambien la hermosa condesa de Buejandia, viuda á la sazón, y aunque rica, con un caudal algo disputado por los parientes del difunto marido, cuya condesa tenia reputacion de ser una de la mas diestras cortesanas que entonces habia; estaban los salones henchidos de tan buena concurrencia, decimos porque se trataba de una gran fiesta en que Calleja, á costillas de su hospedador, correspondia á las grandes finezas de que habia sido objeto con motivo del último golpe dado al mejor de los ejércitos y caudillos insurgentes en la plaza de Cuautla.

Y este era por entonces el pretexto, pues por lo general en ninguna noche lo necesitaban para que hubiera cenas de cincuenta ó sesenta cubiertos y tertulias hasta de doscientas personas de ambos sexos, pues inútil es decir que los vecinos mas encopetados

se afanaban en ponerse bien con Calleja, al cual veían muy cercano á sentarse en la silla viroyal por cualquiera de los caminos que buena ó malamente se le presentaran con tal de llegar al objeto.

Esto, como era natural, tenía frito al colérico viroy Venegas, que con frecuencia se arrancaba á puñados los pocos mechones de pelo que le quedaban y que en la desesperacion de querer informarse violentamente de lo que en aquellas tertulias se trataba, una vez que los nobles habian hecho el vacio á su alrededor, comisionó por fin á la viuda condesa, que era una de las contertulianas de Calleja, para que tomara nota exacta de aquella conspiracion pública, haciéndole en cambio el ofrecimiento de que la protegeria eficazmente en los asuntos judiciales que ella tenia con toda su peligrosa parentela.

La condesa aceptó con júbilo el papel de espia que le daba el viroy, no solo interesada en el éxito que bajo tan buena proteccion alcanzarian sus negocios, sino porque estaba en carácter metida en chismes; y en aquella misma noche se puso verdaderamente deslumbradora, no solo por sus joyas, sino por su tocado, por su traje y por la miel que iban destilando sus divinos labios. Era preciosa la condesa, pero seguramente algun pacto que hizo con el diablo, la puso en esa noche en punto á gracia, á talento y á donaire, extraordinariamente irresistible.

Y tanto fué así, que el mismo canónigo Beristain, que era viejo y que mas se habia ocupado de sus libros que de las mujeres, no pudo menos que acercarse á

la condesa, contemplar extasiado su cuello y espaldas y retirarse luego sumamente alterado de fisionomia y de todo su sistema nervioso.

Despues de la cena, que fué abundante y rociada de buenos vinos, los jóvenes de ambos sexos, asesorados de las mamás y papás mas indiferentes á la política, entraron al salon y se consagraron al baile, guiados por una de las mejores orquestas que habia entonces en la capital de la Nueva-España, y las personas graves, es decir, los intrigantes, á la cabeza de los cuales se encontraba la bulliciosa y deslumbradora condesa, se dirigieron á otro departamento, que era el que se habia destinado en las noches anteriores á las conversaciones privadas.

Calleja daba el brazo á la condesa, siguiéndoles otras parejas de las más encopetadas y cerraban la marcha los militares de las mayores confianzas del caudillo realista, así como los miembros de la nobleza que le eran particularmente adictos, Yermo y otros tan influyentes como él, por sus riquezas.

—De buena gana, iba diciendo la condesa, señor mariscal, quisiera mejor darle el título de Alteza ó de Magestad Serenísima, que el de Su Señoría ó Excelencia á secas.

—Puede usted, creer, excelentísima señora condesa, contestaba con cierto abandono el general, que el de tú es el que más me simpatiza. Cuando yo tengo un amigo á quien le digo: "Oye, tú, Fulano," experimento mas placer que cuando estoy obligado á

llamarle Excelencia ó cosa semejante. No son los títulos los que mas me seducen.

—Sino la gloria, concluyó diciendo la condesa colocándosele por delante y viéndole con interes.

Calleja no pudo menos que exhalar un suspiro y exclamar oprimiendo ligeramete el brazo de la dama:

—¡Oh! condesa, condesa: es mil veces más dulce la vida de la corte que la muy trabajosa de la campaña!

—De su excelencia, querido mariscal, depende trocar cuanto antes la espada del guerrero por el baston vireynal.

—Vaya, vaya, dijo Calleja riendo, ¿habia yo que estoy sano y robusto, de ir á quitar ese dije al viejo Venegas que lo tiene asido con las dos manos?

—Cuando ya se ha trabajado mucho y se tienen los suficientes méritos..... agregó maliciosamente la condesa.

Pero no obtuvo la contestacion que esperaba, porque ya estaban en el saloncito de descanso tapizado de azul pálido que era el escogido para las confidencias íntimas.

Inútil es decir que allí todos á una insistieron en que Calleja por uno ó por otro medio debía derrocar á Venegas que era un hombre inútil, en toda la extension de la palabra, y cada cual ofreció valerse de todas sus relaciones cerca de la Regencia de Cádiz que tenia á su cargo el gobierno de España, para conseguir de ella que hiciera el nombramiento, si queria salvar los dominios de la corona para el legítimo soberano.

Calleja, despues de dejar vencer su modestia, acabó por confesar que no le vendria mal el gobierno para descansar de las fatigas de la guerra, y sobre todo, por prestar un servicio á la monarquia, una vez que él conocia como nadie, los elementos de que disponian los insurgentes y la mejor manera de destruirlos. De suerte que, al terminarse la velada, todos estaban conformes en que era preciso hostilizar al virey de cuantas maneras fuera posible y principalmente cerca de la Junta de Cádiz, de la cual era indispensable conseguir el nombramiento de Calleja.

La condesa, pues, con sus coqueterias y sus demas habilidades, no solo habia conseguido ponerse al corriente de todos los proyectos de Calleja y sus partidarios, sino fingirse el alma de aquella conspiracion, mostrando un entusiasmo tan apasionado, que en aquellos momentos de expansion nadie abrigaba, respecto de ella, la menor sospecha.

La reunion terminó á la una de la mañana, hora en que las principales familias comenzaron á despedirse, saliendo los más íntimos dos horas despues. A las tres se metió Calleja en su lecho, que estaba todo lleno de colgaduras de seda carmesí, y fuerza es agregar que no pudo conciliar el sueño, llena como estaba su imaginacion, con todos aquellos oleajes de cortesania que tanto le calentaban la cabeza. Le parecia que ya no le separaba del poder absoluto mas que un solo paso, el cual estaba dispuesto á dar, aun pasando por encima de los escombros del carcomido gobierno de Venegas. Cuando logró dormirse ya empezaba á entrar

la luz de la mañana por entre los intersticios de las cortinas que cubrían los balcones y todavía en su sueño fué alagado por los rumores de la adulación que tanto se habían cernido en sus oídos durante la noche pasada.

Tal vez dormía aun á las once de la mañana, cuando el virey se detenía en la casa que cerca de Santo Domingo ocupaba la condesa de Buejandia, que lo había llamado por medio de una esquela apresuradamente.

—Conspiracion completa, excelentísimo señor, le dijo unos minutos despues de haber llegado el virey y de haber ocupado el asiento en la sala que le había designado una camarista.

El virey se levantó: la tendió la mano, la admiró un momento metida en su elegante bata cubierta de encajes, y luego la contestó con una sonrisa en los labios:

—Ya me lo esperaba.

—No, no se puede figurar vuestra excelencia todo lo que ha pasado anoche en el palacio de los Moncada.

—Que hubo gran reunion, que se calificaron de torpezas mis disposiciones, que Calleja dijo, cuando menos, que soy un bruto, que.....

—Todo eso hubo y algo más que atenta contra el poder del Sr. Venegas.

—Deseo oír una relacion mas completa.

Entonces la condesa descubrió cuanto había pasado en la tertulia con todos sus pormenores, haciend

dar saltos frecuentemente á Venegas en el sillón que ocupaba. Cuando la dama concluyó de hablar el virey estaba excesivamente pálido y sin dar á conocer le fondo de su pensamiento, ratificó sus promesas, recomendó á la condesa que siguiera haciendo su papel y se despidió con toda cortesía, dándole dos besos en su blanca mano.

Ella se quedó sonriente y satisfecha y Venegas salió con un humor de todos los diablos, que fué á tomar toda su resonancia en las gentes del servicio, que en aquella ocasion parecia que mas que nunca tenían descuidadas sus respectivas funciones.

Llegando á la secretaria, en donde le esperaban varias personas, sin dar muestras de atender á ninguna, se fué directamente á su secretario y le dijo en alta voz que pusiera una nota para que en el acto se presentara Calleja á recibir órdenes del servicio militar.

Un ayudante fué encargado de llevar el pliego, de entregarlo en propia mano al jefe del Ejército del Centro y de no separarse de él hasta que diera cumplimiento á las órdenes que contenía. Era una especie de prision disimulada.

Fuera porque Calleja se había levantado de buen humor, fuera porque temiera en este caso especial no mostrarse obediente, dijo al oficial que lo esperará un momento mientras acababa de vestirse y arreglarse. Despues de tomar un ligero alimento y sin llevar en esta vez por compañía mas que á uno de sus subalternos que se encontró al paso, se presentó á poco en

la antecámara donde esperaba el capitán de las guardias del virey y le dijo:

—Vamos.

Salieron los tres de la cámara y cinco minutos después entraron en el palacio, no sin que se hicieran á Calleja los correspondientes honores. Fué introducido al salón de audiencias en donde se presentó á poco el virey con todo su séquito. El secretario venia á su lado con un gran rollo de papeles.

—Señor mariscal de campo, dijo á Calleja el virey después de estrecharle la mano ceremoniosamente, no voy á detener á su señoría sino por muy poco tiempo y solo para comunicarle algunas disposiciones del servicio.

—Puede su excelencia ordenarme, contestó Calleja de pié y esperando que el virey fuera á ocupar su asiento de honor.

—Aquí mismo y sin ceremonias, agregó este, vamos á tener un momento de conversacion. Tome asiento su señoría.

Ambos se sentaron, formando los demás una fila á sus espaldas.

Antes de que pudiera venir un momento de flaqueza, el virey quiso abordar la cuestion diciendo sin mas rodeos:

—El señor secretario trae consigo todo el expediente formado con motivo del sitio de Cuautla, conforme al que aparece que el gobierno ha hecho un sin fin de gastos y sacrificios sin alcanzar ninguna ventaja.

—No creo que tal cosa aparezca de ese expediente, contestó Calleja sonriendo y aparentando la mayor calma; pero quiero suponerlo así sin concederlo, ¿qué es lo que de ahí se sigue?

—Se sigue, continuó diciendo el virey con voz alterada, que el Ejército del Centro se ha desprestigiado y como medida de alta política necesita procederse á su disolucion.

—¡Ah! ¡oh! exclamó Calleja fingiéndose muy admirado, ¿el Ejército del Centro ha caido en la desgracia de vuesaencia?

El virey cogió el expediente de manos del secretario y comenzó á hojearlo diciendo de memoria lo siguiente como una leccion que se tiene bien aprendida:

—Se ha gastado un millon de pesos sin tomarse en cuenta el botin de Cuautla y los diversos efectos tomados al enemigo en varios encuentros, ni las cantidades que aquí mismo entregó la intendencia para mover tropas; se ha consumido todo el depósito de municiones de boca y guerra; se han perdido mas de quinientos soldados y varios oficiales y gefes de importancia, como el conde de Casa Rull y el capitán graduado D. Gil Riaño, sin que todo este esfuerzo haya dado mas resultado positivo que ocupar las ruinas de una poblacion abandonada y algunos cañones inservibles, puesto que se nos han escapado los principales gefes.

—Haré observar á vuesaencia que todo el mundo ha visto entrar á tres prisioneros insurgentes y entre

ellos uno de los mas ilustres, que tiene por nombre Don Leonardo Bravo. Por ese solo gefe podria darse uno de los cuerpos mas escogidos.

—No debian haber escapado ni Morelos, ni Galeana, ni el principal de los Bravo que es Don Nicolas.

—Qué queria vuesaencia que se hiciera? Anduvieron demasiado listos para escaparse.

—Y ademas se dió oficialmente el parte de la muerte de Larios que resultó ser una falsedad.

—Bien, bien, dijo Calleja impaciente, si su excelencia está descontento de mí y no del Ejército del Centro, cuyo nombre nada tiene que hacer aquí, yo tambien estoy descontento de su excelencia, respecto de lo que nos tenemos dadas suficientes pruebas, así es que insisto en separarme de todo mando militar.

—Ese mando ha dejado de tener subsistencia desde el mismo día siguiente al de su entrada á esta capital, segun los acuerdos del gobierno que se ven en este mismo expediente.

—Por mi parte lo renuncié antes de ir á Cuautla, contestó Calleja con un movimiento de hombros muy despreciativo.

—Pues es cuanto deseaba comunicar al Sr. Mariscal Calleja, dijo Venegas levantándose.

—¿A quién hago entrega del ejército?

—A nadie: ya se ha dado destino á cada uno de los cuerpos.

La despedida, como era natural, despues de esta escena destemplada, fué no solo fria sino desdeñosa

por ambas partes. El virey acudió á dictar todas las órdenes que juzgó necesarias para su propia seguridad, refundiendo los mermados cuerpos del Ejército del Centro y separando del servicio á los gefes adictos á Venegas, y este bajó las escaleras de Palacio tropezando de cólera, pero disimulándola con sonrisas que fué prodigando á cuantos encontró al paso.

—¡Albricias! exclamó al parecer rebotando de júbilo al estar entre sus amigos que lo esperaban en el palacio de Moncada, ¡albricias!

—¿Qué pasa? le preguntaron sus íntimos rodeándole.

—Que ya no soy gefe del ejército, ¡estoy libre!

Todos se miraron estupefactos.

—El estúpido del virey ha caído en la trampa que le tenia puesta: desligándome del gobierno, se apresuró á decirles para tranquilizarlos, ahora ya no tengo que guardarle consideracion. Anoche tenía escrúpulos para conspirar, para ponerme frente á frente de Venegas: en adelante podré obrar como me dé la gana sin faltar á mi deber. Señores, yo les juro á ustedes, y tengan en cuenta que nunca juro en vano, que antes de seis meses seremos los árbitros de la situacion.

Los callejistas sonrieron tranquilos viendo la confianza de su gefe.

que no era de esperarse tampoco, en sus activas operaciones militares.

No obstante la mala situación en que se encontraba la Junta en Sultepec, después de la pérdida de Cuautla, sus miembros discurrían cuanto era imaginable para sostener el fuego de la revolución, y ni de día ni de noche abandonaban las difíciles y peligrosas tareas que tenían encomendadas.

El Dr. Cos había tenido tiempo de medir sus facultades, y encontrándose muy poco apto para mandar soldados, por más intrépido que fuera, había dejado su coronelato, entregándose en cuerpo y alma á la política. En esta línea era un Catón, y como pronto dió á conocer su clara inteligencia, se le dió el más distinguido lugar en el Consejo, en el que tenía ya á la sazón un dominio absoluto.

Habían pasado algunos días después del suceso de Cuautla, cuando una noche, encontrándose en su gabinete escribiendo como de costumbre, vió entrar por la puerta que había dejado entornada para que saliera el humo del cigarro, á Liceaga y á sus demás compañeros, con algunos papeles en la mano.

—¿Tenemos noticias? les preguntó sin soltar la pluma.

—Hay carta de Rayon, con que acompaña pliegos, que le han dirigido para la Junta, de diversos lugares, le contestó Liceaga.

—¿Ya los leyeron ustedes?

—Sí, y hay muchas cosas importantes.

CAPITULO XXXI

PAZ Ó GUERRA?

La Junta de Gobierno de los independientes había andado á salto de mata después del incendio y destrucción de Zitácuaro, hasta que protegida por Rayon que sitiaba á Toluca, tomó asiento en Sultepec, de donde no hubiera pensado en trasladarse sino á México, si ha sabido de algun modo eficaz proteger á Morelos en Cuautla, acumulando sobre Calleja tantas guerrillas dispersas como pululaban por todos lados, sin más objeto que tomar botín donde se proporcionaba; pero no pudo ó no quiso obrar con energía y proceder como estaba indicado, lo que ocasionó que viera aquel refugio ya como inseguro y que empezara á pensar formalmente para donde tendría que armar el vuelo, en caso de que Rayon no tuviera éxito feliz,